

Por vivir en quinto patio: un apunte

Edgar Esquivel

I

Dentro de la ágil secuencia de hechos que suceden en *El halcón maltés*, Dashiell Hammett incluye una anécdota que es contada por el detective Sam Spade. Básicamente narra cómo un hombre llamado Filcraft, corredor de fincas del noroeste, un día salió de su oficina y jamás volvió. No sólo había faltado a una importante cita de negocios promovida por él mismo ese día, sino que su esposa e hijos no le vieron más. Era un hombre feliz y exitoso, no había razón suficiente para dar crédito a lo ocurrido, los lujos que le rodeaban lo demostraban. No llevaba dinero consigo ni había cambiado sus hábitos de tal forma que se diera lugar a la sospecha de haber tenido una doble vida. Después de cinco años, se le ubicó: rehizo su vida por completo, tenía nueva mujer y un negocio de autos pujante, ostentaba otro nombre y no poseía remordimiento alguno. “Había dejado a su familia en posición desahogada, y su conducta le parecía perfectamente razonable”. ¿Qué fue lo que pasó?

En aquel día, cuando Filcraft salió a comer atravesaba por una casa en construcción. Todavía estaban poniendo los andamios cuando una viga cayó desde lo alto estrellándose en la acera. A unos pasos estuvo de que le tocara y, salvo un raspón provocado por un trozo de cemento desprendido del suelo, nada le afectó. Más que miedo sintió sorpresa: “fue como si alguien hubiera levantado la tapa de la vida para mostrarle su mecanismo”. Filcraft fue educado para ser un ciudadano, marido y padre ejemplar, se conducía a gusto en ese ambiente por ello. En la vida que él conocía era algo limpio, bien ordenado, sensato y de responsabilidad y al caer una viga le había demostrado que nada de eso era cier-

to. “Comprendió que los hombres mueren por azar y que viven mientras el ciego azar los respeta”. Lo que le perturbó de verdad fue darse cuenta de que al *ordenar sensatamente* su existencia se había apartado de la vida en lugar de amoldarse a ella. No encontraría paz de no ajustar esa visión. Si una viga al caer accidentalmente podía acabar con su vida, entonces él la cambiaría entregándola al azar. Al final no cambió mucho, pues fue igual de rutinaria: “se acostumbró primero a la caída de vigas y no cayeron más y entonces se ajustó, se acostumbró a que no cayeran vigas”.

II

Lo anterior no pretende desprender moralejas. El ciclo vital de los hombres en buena medida va precedido de una sombra larga que denominamos búsqueda, destino o utopía. Esa sombra se proyecta sobre cada uno de forma irremediable y la construcción de historias particulares es el resultado del boxeo que a diario se practica con esa idea del futuro y la esperanza.

Si tratamos de hacer un análisis más denso y profundo, en el exacto sentido del término, bastaría recordar lo que el historiador Gordon Childe concluía sobre el estudio de las primeras sociedades: somos conservadores por naturaleza. El motor que impulsa los grandes hechos es la excepción a esa regla. Nuevamente la trascendencia es medio y fin en sí mismo. Ansiamos el cambio, pero nos cuesta decidir y más actuar, máxime si se considera que se han *logrado* cosas. El *miedo a la libertad* que Fromm debatía va por esos rumbos también.

A las clases medias, por ejemplo, les cuesta asimilar la idea de la transforma-

ción. La estabilidad familiar, emocional y material es el mejor indicador del arribo a la *utopía* y el temor por el riesgo es mayor: ganar *algo* adicional no vale la posibilidad de perderlo todo. La sociología de esa condición individual y colectiva en voz y letra de alguien como Gabriel Careaga adquiriría su justa dimensión.

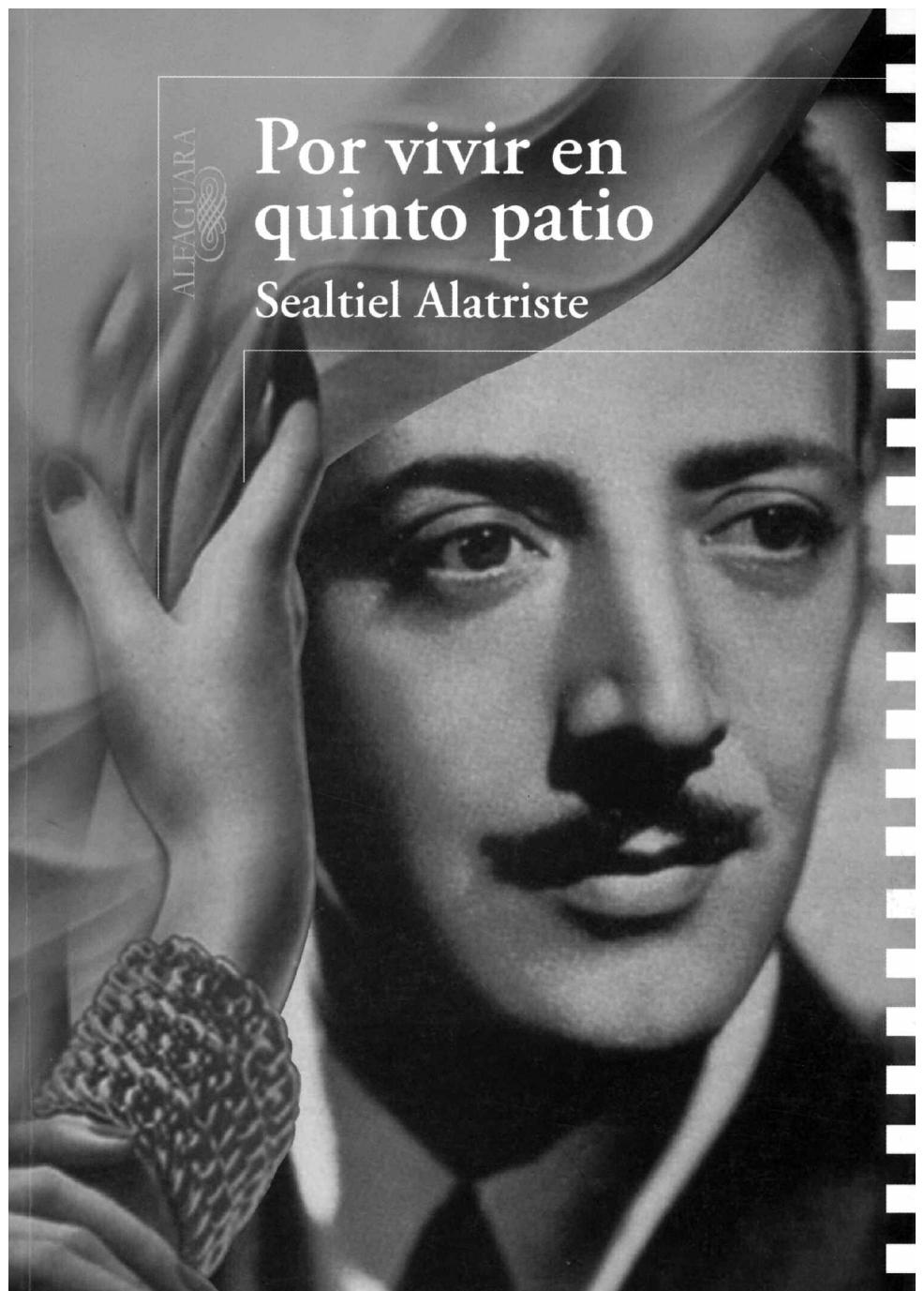
Un caso más específico es lo que desentraña Sealtiel Alatríste en *Por vivir en quinto patio*, quien muestra cómo las tribulaciones del protagonista, Enrique Guerra, constituyen un retrato psicológico de quien se siente que ocupa una vida ajena. Y si se le rasca a la moción incluso se puede pensar que las generaciones, como a la que él perteneció, que protagonizaron y atestiguaron el esplendor de los sesenta, han recurrido a la imposición del recuerdo para el postrer desarrollo de vidas que asumen erróneamente como propias. Otra impresión sería que al parecer esas mismas generaciones se desarrollaron bajo fórmulas preestablecidas por una cultura de las *buenas costumbres* y las normas que se han forjado como clichés: *me casé creyendo que los años sesenta serían eternos*. Si ubicamos a personajes similares fuera de ese contexto, que se forma alrededor de ciertos ritos, se quedan sin sustento ni forma: la vida no es más que la sensación que produce una canción, un cómic, un programa de la radio o la TV y, en casos extremos, algunas películas de época. Llega un momento en que el ideal se mezcla con la cotidianidad y la rutina como si fuera un coctel exótico ofrecido a contracorriente en una cantina tradicional.

La breve historia de Enrique Guerra, hijo de su tiempo a pesar de él mismo, se desarrolla a partir de una imperiosa necesidad de cambio, transmite con gracia y no

menos tragedia cómo nuestra educación sentimental llega a determinar nuestra existencia, con sus equivocaciones y aciertos. Y por si fuera poco el respectivo diseño de la trama, escenario y ambientación son resultado de la memoria y la promesa no cumplida. ¿Cómo rehacer el significado de nuestra existencia a partir del vacío, la doble moral y el recuerdo lacerante de lo que no se hizo? Muy a la manera de Debray: *infancia es destino*, luego entonces familia es sentencia, sino fatal.

Un divorcio inminente e inevitable, una tendencia de actos personales que tratan de definir por la fuerza del deseo un final alternativo; izar como nuevas banderas la *audacia*, la *galantería* y el *arrebato*; encontrar nuevos motivos en la vocación perdida, el cine; recrear el *ejemplo* a través de una inspiración que se encarna en imágenes; justificar el nuevo sendero iniciado mediante un contundente corte de caja familiar y personal; dar a la felicidad su justa medida; en suma: cambiar el hecho de que *todos sueñan lo que son, aunque no lo entiendan* (teniendo como testigo de honor la figura de un renovado Emilio Tuero, el *barítono de Argel*, así como la cálida compañía de la canción poética y otros seres que pertenecen a un universo paralelo como Manolo Martínez, Alma Curiel, Dolores del Río, Antonio Badú y Julio Jaramillo); constituye el tremendo enredo que Enrique Guerra decide afrontar mediante un anhelo que es común a los hombres de buena voluntad y acciones fatales: *torcer el rumbo de su biografía*, terminar con ese *largo exilio de su única pasión* —que en el caso de Guerra es la sala del cinematógrafo—, pese a las trampas que se empeñan en imponerle el viejo orden. “¿Cómo no ser fanático del cine si ahí lo he descubierto todo, si la vida, siempre, se me ha revelado en la pantalla?”

Ir en pos de un sueño tiene el costo de enfrentar nuevas angustias, aunque no dejen de ser *clases medias*, como la viga de Filcraft,



que cambió una rutina por otra. En todo caso lo importante en el asunto del cambio es cómo y cuándo empujarse hacia ello.

Pretextos sobran, pero hacerse a la mar en el océano de la incertidumbre tiene mayor sentido y valor si se vislumbra un puerto donde arribar. Puede ser que no haya mapa ni ruta clara, pero habiendo intuición y voluntad el camino se va haciendo,

aunque esto suene a lugar común. La gran lección del héroe de *Por vivir en quinto patio* es ésta: *para la felicidad hay una regla de oro: no desprenderse nunca ni del arte ni de la vida*. El cine, como la música o la literatura, llega a ser el pretexto perfecto. **U**

Sealtiel Alatraste, *Por vivir en quinto patio*, Alfaguara, México, 2009, 220 pp.

La breve historia de Enrique Guerra, hijo de su tiempo a pesar de él mismo, se desarrolla a partir de una imperiosa necesidad de cambio.